

23 de febrero. VII domingo del Tiempo Ordinario

Levítico 19, 1-2.17-18 / Salmo 102, 1-4.8-13 / 1 Corintios 3, 16-23 / Mateo 5, 38-48

1. ¿Qué dice la Palabra?

Mateo escribe para judíos que se han convertido al cristianismo y están en el exilio. Su interés es insistir en que han de ser fieles a Jesús y también ser fieles a la Ley de Moisés, ya que en Cristo se encuentra el pleno cumplimiento de la Ley Antigua. Sin embargo, Jesús va un poco más allá, porque nos lleva a una adhesión diferente al cumplimiento de preceptos externos. Jesús reconduce la Ley a su autenticidad recuperando su verdadera intención y llevándola a su plenitud: «se os ha dicho..., pero yo os digo».

Jesús se refiere a la llamada “ley del Talión” que equipara el castigo al daño producido. Ésta estaba basada en una venganza, pero Jesús abre una nueva etapa en la evolución de los comportamientos. En el centro de todo este relato está Jesús, como el gran mediador de la humanidad que nos enseña por qué no hay que poner resistencia, o dar la otra mejilla, o dar el manto al que pidió la túnica. También lo de acompañar más tiempo del que han pedido o no esquivar al que pide prestado. En el fondo, Jesús es quien cumple todo esto. En Él se encarna la voluntad del Padre que tiene como único objetivo la caridad, es decir, el amor más grande que supera toda la justicia.

La superación máxima en la escala del amor es “amad a vuestros enemigos y orad por vuestros perseguidores”. Tal vez es de los puntos más novedosos del mensaje de Jesús. No es sólo una doctrina sino un nuevo comportamiento, una actitud radical de vida que se distingue de los que cumplen normas y no viven de acuerdo a estas.

La cumbre de este texto está justo al final: Ser perfectos como el Padre es perfecto. Jesús indica que la perfección del amor está en el perdón. Es el Padre quien de una manera totalmente inesperada ama y perdona a la humanidad entregando a su Hijo que lleva esta Ley hasta su máxima consecuencia: Amar sin límites y perdonar sin límites. Todo este texto tiene por sujeto a Jesús, y una invitación a que siendo sus discípulos lo imitemos.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Antes de la pregunta pongámonos la mano en el corazón y preguntémosnos: ¿cuántas veces yo me quedo con la ley antigua, prefiriendo la justicia de la restitución del mal cometido?

- En mi vida personal, muchas veces más que la justicia tiendo hacia la venganza ¿Será eso lo que Jesús me está pidiendo?
- ¿Podrías identificar a aquellos que te hacen pleitos, que te abofetean (de tantas formas), los que te piden que los acompañes, que les apoyes inclusive económicamente? ¿Qué actitud cambiarías desde ahora frente a estas situaciones?
- Todas las personas tenemos a otros que se oponen a nuestros planes. A algunos los consideramos enemigos ¿qué nos pide Jesús ante ellos? ¿Podría también identificarlos?
- ¿Somos amables con todos, incluso con los que no van a la Iglesia? ¿Hacemos atractivo el seguimiento de Jesús, por nuestras actitudes de comprensión, cariño, etc.?
- ¿Soy consciente que mucha gente no se acerca a la Iglesia por las actitudes nuestras o mías en particular?
- ¿Qué hago para ser perfecto?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Señor Jesús, gracias por tu palabra. Gracias por tu testimonio que acompaña tu palabra. Quiero ser tu discípulo, Señor. Pero me doy cuenta que estoy muy lejos de vivir de acuerdo a lo que me pides. Yo sé que para Ti no hay nada imposible. Pongo ante Ti mi corazón, ese corazón que a veces busca venganza, justicia, cumplir la ley. Ayúdame Señor a ser misericordioso, que siempre tenga presente esto como prioridad. Que entienda que ser tu discípulo no es sólo conocer tu doctrina, sino imitarte en todo. Ayúdame a cambiar mi corazón de piedra por un corazón misericordioso. Y que nunca sea piedra de escándalo para los demás, sino un humilde servidor tuyo.